

Carlos Hipólito y Luis Merlo brillan en *El crédito*, de Jordi Galcerán, en el Maravillas.

Por Marcos Ordóñez

Hará unas semanas, tras el estreno de *El crédito* en la Villarroel de Barcelona, les comenté que la comedia de Galcerán, dirigida por Sergi Belbel, me hacía pensar en una farsa a la francesa, bailando sobre la jubilosa línea que enlaza a Feydeau con Magnier y Veber. En el Maravillas, en versión castellana del propio autor y a las órdenes de Gerardo Vera, me ha parecido ver, en cambio, una tragicomedia a la italiana, una pieza breve de Pirandello o del joven De Filippo, o un guion de Ettore Scola, de modo que he de agradecer a Gerardo Vera, a Carlos Hipólito y a Luis



El crédito. Fotos: donación de la compañía (Archivo CDT).

Merlo que me hayan descubierto esa dimensión dramática (sin dejar de ser una pieza muy divertida, por descontado). [...]

En la anterior crítica decía que la comedia me parecía un tanto alargada y que mi interés había vagabundado en la escena de la “lección de seducción”. ¿Problema del texto, problema de la puesta, problema mío? Del texto no, ahora lo veo claro, porque en el Maravillas avanza con absoluta fluidez. A veces basta que el autor nos diga “la primera versión duraba cuarenta minutos” para caer en el cepto y decir “lo mejor son esos cuarenta minutos”. Prejuicios aparte, yo creo que en el montaje de Vera la velocidad está más modulada, sin buscar la trepidación ni la carcajada, y eso redundo en la credibilidad de los personajes y en la afloración de nuevos colores en la paleta.

Pormenorizo: quizás, pienso, la parte del director bancario interpretado por el enorme Jordi Bosch se apayasaba un poco, siempre con estilazo, en la tradición del carnudo de vodevil, entre De Funès y Thierry Lhermitte, porque así lo quiso Belbel, mientras que el deslumbrante Hipólito lo compone, sin perder nunca de vista el metrónomo de la comicidad, con la desesperación creciente del hombre atrapado en una pesadilla, a caballo, para entendernos, entre Jack Lemmon y Antonio Vico, y eso permite que broten el patetismo (en las llamadas telefónicas) y la emoción en la última escena. También está fenomenal Luis Merlo, en otro escalón ascendente tras su gran trabajo en *Deseo*, de Miguel del Arco, y al que la otra noche le escuché (de casta le viene al galgo) la voz de comedia, oscura y zumbona, de su abuelo Ismael, con su sabia forma de colocar las réplicas, siempre con un pie en el peligro y la amenaza. [...] Me gustan mucho los detalles de la puesta, desde el tema de *Take That* que abre y cierra la representación hasta la sencilla pero premonitoria imagen de esa toalla tan minuciosamente doblada. Tras ver dos veces *El crédito*, aplaudo sin trabas el talento de Galcerán, que tiene el olfato, la música y la teatralidad de los grandes comediógrafos, y el don, tan escaso, de conectar de fábula con el público. Eso está sucediendo en la Villarroel y en el Maravillas, por partida doble. Hay función para rato.